

que el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del Salvador están substancialmente presentes en el Sacramento de nuestros altares; que se ofrecen verdaderamente en el sacrificio de la misa, tanto por los difuntos, como por los vivos; que hay un purgatorio después de esta vida; que debemos invocar á la Virgen y á los Santos, y que no se deben abolir sus imágenes; y por consiguiente que mucho menos deben abolirse las de Jesucristo. El doctor católico probó estas verdades de una manera tan convincente, que la asamblea publicó un decreto proscribiendo á un tiempo la doctrina de Zuinglio y la de Lutero; prohibió innovar cosa alguna en el sacrificio de la misa, y en la administración de los sacramentos, en las ceremonias y en las demás prácticas de la Iglesia; y se mandó establecer en todos los cantones celadores encargados de auxiliar á los magistrados y á los oficiales públicos contra todas las innovaciones, y para denunciar á los prevaricadores y hacerlos castigar. En esta ocasión se reconoció con el mayor asombro hasta qué punto se había depravado el buen natural de Oecolampadio, benedictino cuyos escritos Juan Fabro, uno de los teólogos católicos, hizo notar como de ciento y cincuenta falsificaciones enteramente indignas de un hombre honrado (1526).

(1) Florim. de Remond. l. 7, c. 3; *Annal. Capuco.* t. 1, p. 44, etc.

ción de la decadencia de su orden, creyó oír una voz del cielo, que le mandaba observar á la letra la regla de San Francisco. Inmediatamente tomó un hábito estrecho y grosero con una capilla puntiaguda; semejante á la que llevaba el Santo fundador, de quien aseguró habersele aparecido muchas veces. Con este hábito extraordinario salió secretamente del convento de Montefalbone, situado en la diócesis de Urbino, y se fué á Roma después de haber sufrido muchos insultos, que con su paciencia y piedad vino á convertir en testimonios de veneración. Habiendo llegado á Roma, marchó en dirección al Vaticano, y subió á los aposentos sin dárse á conocer, y se adelantó hasta la cámara de Clemente VII. El Papa sorprendido le preguntó qué era lo que deseaba. Santísimo Padre, respondió Mateo, soy un sacerdote de la orden de frailes menores, que solo aspiro á observar la regla de mi Padre San Francisco con toda la fidelidad de que soy capaz, y á imitar su vida santa, según nos la representan los antiguos monumentos de la orden. Es constante que San Francisco y nuestros primeros Padres no llevaban mas que un hábito vil, con una capucha sin escapulario, del todo semejante al que veis en mí. Después de muchas oraciones y lágrimas, he reconocido que tal era la voluntad del cielo, y tal es, Santísimo Padre, la sola causa que me ha traído á los pies de vuestra Santidad. Toda mi ambición consiste en que bajo este hábito y vuestra protección, pueda observar mi regla á la letra, predicando la palabra de Dios y trabajando en la salvación de los pecadores mas abandonados. Persuadido el Pontífice por aquel tono de verdad que dan la rectitud de intención y el desinterés perfecto, le concedió para él y para cuantos quisiesen limitarle, la potestad de establecer una congregación nueva, cosa que tampoco pedia Mateo, sino

únicamente la de observar su regla en toda su perfección, bajo el hábito que traía; con encargo además de presentarse una vez todos los años á su provincial, en el capítulo de frailes menores, cualquiera que fuese el lugar donde se celebrase. Dióle luego la bendición pontificia, le hizo una exhortación alentándole á ejecutar su designio, y le prometió un breve de aprobación, que con efecto fué espedido el 18 de mayo de 1526. Pero antes de esta expedición, y aun después, los superiores ordinarios, con pretestos y motivos especiosos, creyendo sin duda deber proteger los verdaderos intereses de su orden, persiguieron vivamente á Mateo y á sus compañeros, los cuales fueron alguna vez encarcelados como apóstatas. Fué preciso mucho tiempo y valor para que la reforma de los capuchinos llegase á aquel punto de consistencia que les permitió después prestar tantos servicios á nuestros pueblos y á las gentes del campo, porción tan considerable de la Iglesia, y tan poco atendida antes de estos humildes y laboriosos ministros.

La congregación de los teatinos había sido instituida poco antes con el designio de restablecer el clero en el estado de su primitiva perfección, según el modelo de la vida de los Apóstoles. Esta nueva orden de clérigos tomó el nombre del arzobispo de Theati, Juan Pedro Caraffa, que después fué Papa con el nombre de Paulo IV, y auxilió á Cayetano de Thiene, junto con Pablo Gonsiglieri y Bonifacio de Colle, para formar el plan de este instituto sublime y ponerle en ejecución (1). Comenzando todos cuatro por dar el ejemplo, renunciaron sus beneficios y todos sus empleos en manos del Papa Clemente, quien tuvo mucha pena en admitir sus renunciaciones, y especialmente la del

(1) *Ann. Cler. Reg.*; Aubert. *Mir. de orig. Cler. Reg.* B. del G., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

arzobispo; pero fué preciso ceder á la fuerza de sus razones ó de sus instancias. Los cardenales opusieron dificultades todavía mayores acerca del instituto mismo que obligaba á todos sus miembros, no solo á permanecer sin fondos y sin rentas como los religiosos de San Francisco, sino también á no pedir limosna y á subsistir únicamente de lo que la piedad de los fieles quisiera ofrecerles; pero Caraffa y Cayetano insistieron con tanta fuerza en la necesidad de restaurar en el clero todo el heroísmo del desprendimiento apostólico, en las tristes circunstancias á que el vicio contrario había reducido á la Iglesia, que descansando en una Providencia que no pone otros límites á sus dones que los de la fé, el consistorio penetrado de admiración les concedió la aprobación que pedían. Por la bula aprobatoria dada en 24 de junio de 1524, el Gefe de la Iglesia los admite á hacer los tres votos de pobreza, de castidad y de obediencia; á vivir en comunidad, vestidos no obstante como los demás clérigos; á gozar de los mismos privilegios que los canónigos de San Juan de Letran; á formar constituciones y reglas para la conservación de la disciplina; á elegirse, bajo el nombre de prepósito, un superior que dure tres años; y á recibir, en fin, todos los sugetos que se presentasen para abrazar su método de vida. Los cuatro fundadores pronunciaron sus votos el 14 de setiembre de este mismo año; después de lo cual eligieron á Caraffa por primer prepósito, y se retiraron al campo Marcio á una casa que pertenecía á Bonifacio de Colle. Estos clérigos regulares, que tal es el nombre que les daba la bula, repartían el tiempo entre los ejercicios de la oración y las funciones del apostolado. Aunque Paulo IV, ó Juan Pedro Caraffa, haya dado á los teatinos el nombre de su obispado de Chieti, en latín *Theati*, ó San

Cayetano, de la noble y antigua casa de Thiene, es sin embargo el primer autor y el fundador verdadero de esta piadosa congregación. Fué el segundo preposito de ella, ó superior general despues de Caraffa, luego que este hubo llenado el primero el cargo de superior, que era trienal. San Cayetano desempeñó este cargo con toda la prudencia de un sabio y con toda la edificacion que podia esperarse de un santo. Pasó luego á fundar una nueva casa en la iglesia parroquial de San Pablo de Nápoles, donde despues de haber hecho resplandecer su virtud con una infinidad de acciones maravillosas, dió su alma á Dios el 7 de agosto de 1547. El Papa Clemente X le puso en el catálogo de los Santos.

La Iglesia reparaba asimismo en el Nuevo Mundo las pérdidas que la heregia la hacia sufrir en el antiguo. Despues de los primeros misioneros que entraron en Méjico con el gran Cortés, envió allí Clemente VII á un hombre verdaderamente apostólico, llamado Martin de Valencia, junto con doce frailes menores, dignos de serle asociados. Cortés, que se hallaba todavía en el país, no habia omitido cosa alguna para hacer respetable el ministerio de estos; y bajo la proteccion de este héroe cristiano, que los colmó de honra en todas ocasiones y era el primero en oír sus instrucciones, los mejicanos los buscaban incesantemente y abandonaban á bandadas el culto de los ídolos. En una palabra, el Evangelio hizo progresos tan considerables en aquel centro de la barbarie y de la idolatria mas monstruosa, que en muy poco tiempo pudo la Iglesia desplegar en él toda la magestad de sus ceremonias y de sus mas augustas asambleas.

En la ciudad de Méjico, que en el año de 1521 era enteramente idólatra y aun antropófaga, se celebró en el de 1524 un sínodo en forma de concilio, en que presidió Martin de Valencia en calidad de lega-

do del Sumo Pontífice; y en un pueblo, cuya brutalidad ultrajaba á la misma naturaleza, se establecieron las reglas mas puras de la castidad cristiana (1). La poligamia, que apenas habria parecido merecer alguna atencion entre los monstruosos escosos de los mejicanos, fué suprimida canónicamente junto con los demas desórdenes, y se estableció que los que se presentasen al bautismo abandonasen todas sus mugeres, á excepcion de una sola, con la que se casarian segun las leyes del cristianismo. Hicieronse otros muchos reglamentos llenos de sabiduria para disponer al bautismo los neófitos y para conservar en la fé á los ya bautizados. Cortés mandó á los gobernadores que los hiciesen egecutar puntualmente, así en sus provincias como en la capital. Y como este hombre extraordinario habia ya puesto la Nueva España á cubierto de toda revolucion, poco satisfecho con tantos prodigios, partió para intentar otros nuevos.

En el mismo año abrió el cielo, hasta en las regiones mas salvages de la América septentrional, un asilo á la fé, casi enteramente abandonada desde entonces por las naciones cismáticas de la Scandinavia y de lo interior de la Germania. Juan Verazani, italiano de nacion, descubrió bajo el pabellon francés la isla que el llamó Beal, y la mayor parte de las islas del golfo de San Lorenzo, la tierra de Labrador mas adelantada hácia el polo, todo el curso del rio de San Lorenzo, y la parte septentrional del Mississipi, junto con los rios que allí desaguan. Esto es lo que se llamó Canadá y Nueva Francia, á donde veremos muy pronto pasar la fé cristiana en toda su integridad, tal como los hijos primogénitos de la Iglesia la han conservado desde que la recibieron. Verazani tomó posesion de aquellos descubrimientos en nombre de Francisco I; pero habiendo

(1) Rain. ann. 1524, n. 12, et 13.

querido penetrar mas lejos en otra expedicion, vino á ser presa de los antropófagos, junto con muchos compañeros de sus aventuras.

Entretanto el Papa Clemente VII, cuyos designios fueron superiores á su talento, era fecundo en proyectos, débil en ejecutarlos, indeciso, y por consiguiente no se determinaba mas que á la ventura, segun el capricho de las circunstancias y de los contratiempos. Clemente, pues, falto de consistencia, se precipitó á sí y á su pueblo en un abismo tan inmenso de calamidades, que Roma, abandonada sucesivamente al furor de todos los barbaros, sufrió de un modo horrible cuanto podia dar de sí la crueldad de los mas desnaturalizados. Tan pronto unido por temor con Carlos V, y tan pronto por afecto con Francisco I, hizo, en fin, temblar á toda la Italia, temerosa de perder su libertad, cuando Carlos tomó en ella aquel ascendiente prodigioso que fué la consecuencia inevitable de la batalla de Pavia. El mismo rey de Inglaterra temia que se perdiere el equilibrio general de Europa, y á persuasion suya, el Papa, variando otra vez, se coaligó contra los imperiales con los franceses, ingleses, venecianos, florentinos, suizos, y el duque de Milán Francisco Sforza, restablecido por el emperador (1). Firmóse esta liga el 11 de junio de 1526 en Cognac en el Angumois, al tiempo que Francisco I, libre de su prision de España, se hallaba en camino para volver á su capital. Primero la dieron el nombre de liga santa, porque el Papa estaba á su frente; pero las consecuencias funestas que á este le resultaron, la hicieron llamar luego con mas propiedad *liga funesta á Su Santidad*.

El Papa y los venecianos fueron los primeros en poner sus tropas en campaña, contando con que el rey de Francia enviaria

(1) Guic. l. 17.

próntamente un ejército numeroso y que el rey de Inglaterra haria una poderosa diversion por el lado de los Países Bajos; ó á lo menos suministraría dinero con su facilidad ordinaria en estos casos. El mismo Francisco contaba con este recurso, que era el único que le quedaba en el absoluto apuro de sus rentas y de sus pueblos; pero Enrique, que habia en fin consumido los ahorros de su padre, y que no podia sin gran dificultad conseguir de su parlamento algunos subsidios, no estaba en ánimo de hacer gastos exorbitantes para una empresa en la cual él era el menos interesado. Con esto, reducido el rey de Francia á sus propios recursos, envió á Italia solamente seis mil soldados, á los que se juntaron diez mil suizos, y por último, hizo grandes promesas para sostener la energia de sus aliados. El peso principal de la empresa cargaba de esta suerte sobre el Papa, cuyo carácter era diametralmente opuesto al de los Médicis sus antepasados, los cuales todos, sin exceptuar alguno, gustaban de la profusion, y vivieron con magnificencia verdaderamente régia, aun en la clase de simples ciudadanos. Esta inclinacion extraordinaria de Clemente VII á la economía, fué la que causó principalmente sus reveses. Tenia que pagar en mar y tierra tropas numerosas de extranjeros que servian con mucha repugnancia al mando de generales eclesiásticos y amenazaban pasarse al ejército imperial cuando no recibian puntualmente su sueldo. Despues de haber fluctuado mucho sobre el partido que debia tomar, eligió el peor de todos: no hizo la paz ni la guerra, sino solamente una tregua de ocho meses, que ajustó con el marqués de Lanús, virrey de Nápoles por el emperador. Para colmo de su imprudencia, mandó en seguida retirar su flota de las costas de Nápoles, donde ella habia tomado ya muchas plazas fuertes, desarmó sus navios y despidió sus tropas, á excepcion

de dos mil hombres de infantería y ciento de caballería. Ignoraba todavía las disposiciones del ejército imperial con respecto á esta composición, ó á lo menos no tenía otras seguridades que la palabra del virey, de quien el general en jefe era absolutamente independiente.

El condestable de Borbon habia sucedido en este puesto importante al marqués de Pescara, muerto en la edad de treinta y seis años, muy sospechoso á su soberano, de quien se osó sospechar que le habia hecho envenenar y quien para asegurar mas en su servicio al condestable le prometió los despojos del duque de Milán, acusado de felonía. Borbon, que habia manifestado primero que jamás consentiria en la tregua, mostró despues sentimientos mas pacíficos en vista de la oferta que se le hizo de parte del Papa de pagar á sus tropas que carecian de todo. Sobre esta presuncion débil, abandonado Clemente á su ciega inclinacion al ahorro, acabó de arruinar su partido, licenciando hasta los dos mil hombres que se habia reservado. Entonces el Gefe de la Iglesia, la residencia de la potestad pontificia y todo el Estado eclesiástico se hallaron sin defensa á merced de dos enemigos menos formidables, todavia por la mision que habian de cumplir que por su carácter: el uno traidor á su soberano y el otro apóstata fanático de su religion.

Jorge, conde de Fronsberg, obraba de acuerdo con el condestable de Borbon y habia sido el primero en concebir el designio de saquear á Roma. Ardiente celador del nuevo evangelio que habia abrazado, además de los socorros que el archiduque Fernando enviaba de Alemania, á sus órdenes para el ejército imperial, habia él mismo alistado hasta diez mil hombres, que animados de su espíritu y de todo su furor, se contentaron con un escudo por cabeza, con la esperanza de saquear la capital

del mundo cristiano. Famoso por la batalla de Pavía, donde habia tenido mucha parte en la victoria, audáz, intrépido, hábil, impetuoso y de una obstinacion que crecia á medida de los obstáculos; Fronsberg, en una palabra, era uno de aquellos hombres funestos que Dios elige para ser los instrumentos memorables de su venganza. Habiendo desembocado por el Tirol en las llanuras de Lombardia, eludiendo ó forzando todo cuanto se le oponia, penetró por el Boloñés y se abandonó en todas partes, pero con particularidad en los Estados de la Iglesia, á unos escesos cuya esacta pintura es imposible formar. Para adquirir alguna idea de ellos, júzguese de sus obras por sus disposiciones respecto de la persona misma del Sumo Pontífice. Segun algunos autores (1), hacia llevar en sus banderas un cordón tejido de oro y seda, destinado, segun decia con impía bufonada, para ahorcar al Papa con el mismo honor que se hace en Turquía á los delincuentes ilustres. Esta noticia, por mas increíble que parezca, la hacen mas que verosímil todos los escesos que realmente cometieron despues en Roma los soldados de este furioso. Por lo que hace á él, no logró el placer de saciar en aquella ciudad su rabia. La divina Justicia, que dá ejemplos de terror á cierta clase de impiedad, contuvo sus pasos en la frontera de la Romaña, donde fué atacado de apoplejía, y poco despues de muerte (1527).

Habiendo recogido el condestable las tropas de aquel desgraciado, cuya suerte no disminuyó en ellas la propension al sacrilegio y al saqueo, vió á sus órdenes un ejército de cerca de cuarenta mil hombres, al cual Roma apenas podia oponer mas gente que los mozos de las posadas y los escuderos de la corte pontificia. Un rayo dicen que hizo pedazos las armas

(1) Paul. Jov. in elog. ad ann. 1527. (1)

del Papa, colocadas sobre la puerta de su palacio, y despues de este incidente, que fué como presagio de la humillacion que habia de sufrir, Roma fué escalada y inundada de sangre, robada, asolada y casi aniquilada (1). Pero Borbon pagó inmediatamente un crimen que abria la puerta á otros muchos. Viendo una vez que el ardor de sus tropas decaia, apoderado de un sobresalto animoso que solo presentaba á su fantasia el desdoro de retroceder, saltó de su caballo, y favorecido de su alta estatura y del gran penacho que ondeaba sobre su casco, reunió cerca de sí la nobleza y la caballería, y todos echaron tambien pié á tierra. Pónese entre la infantería, vuela como una exhalacion por medio de los que retrocedian, arranca á un soldado su escala, y vá á fijarla al pié de la muralla, diciendo: «Al mí valientes imperiales;» y ya tenia puesto el pié sobre la escala, cuando una bala de arcabuz le penetró en la ingle desnuda de la coraza, y le derribó en el foso. Murió al cabo de algunos momentos, de edad de treinta y ocho años; pero el principe de Orange, que le sucedió en el mando del ejército, ocultó su cadáver con tanto cuidado, que las tropas ignoraron su muerte hasta despues de la toma de la ciudad, y esta noticia solo sirvió para que los herejes redoblasen su furor.

Cayó primero este sobre un cuerpo de tropas romanas, á cuya cabeza se hallaba el general Rencio Ceri, fanfarron presuntuoso antes del ataque de la plaza, de cuya seguridad habia respondido, y poltron infame á vista del mas pequeño peligro; pues viendo que algunos españoles habian entrado por una tronera, comenzó á gritar: *sálvese quien pueda*, y dió el ejemplo de la fuga, corriendo con todas sus fuerzas hácia el castillo de Sant-Angelo. La multitud de imperiales que entraron sin resistencia por

la parte de los fuertes abandonados de este modo y por las puertas vecinas, cargaron sobre aquella masa confusa de fugitivos que se embarazaban unos á otros, y mataron cerca de tres mil. La guardia suiza que quiso resistir delante del palacio fué hecha pedazos. El Papa, en lugar de salirse al campo y refugiarse en alguna buena plaza del Estado eclesiástico, como podia ejecutarlo fácilmente con su guardia de arcabuzeros, fué á encerrarse él mismo en el castillo de Sant-Angelo, con una porcion de cardenales y embajadores, dejando toda la ciudad sin custodia y sin protectores, pues no quedaron en ella otros grandes que los que eran adictos al emperador, junto con gran número de aquellos ciudadanos, no pocos por cierto, que conservaban todavia el espíritu antipatriótico de la antigua facion de los gibelinos. Estos sin tomar parte alguna en la defensa de la ciudad se habian encerrado en sus casas, y esperaban allí un tratamiento favorable; pero experimentó Roma sin distincion alguna el tratamiento que puede esperarse de una soldadesca furiosa dejada en plena libertad.

No diremos que las casas fueron saqueadas, los ciudadanos degollados, las esposas, y doncellas violadas sin distincion de estado, de clase, de edad, de partido. Roma habia sufrido otra vez estas calamidades de parte de los godos y de los vándalos; pero lo que estos bárbaros habian perdonado, las cosas mas santas, las sagradas cabezas de San Pedro y San Pablo, y nuestros terribles misterios, vinieron á ser el juguete de aquellos fanáticos, entre los cuales la blasfemia y el sacrilegio eran el expresivo anuncio del nuevo evangelio. Y cuántos no los imitaron por desgracia entre los soldados hasta de la nacion que se honraba con el glorioso título de católica? Despues de los palacios de los cardenales, de los embajadores, de todos los grandes, y aun con mas

(1) Caes. Gloriar. Hist. espugn. Urb. (1)